

BIBLIOGRAFÍA CITADA

GARCÍA GARÓFALO MESA, MANUEL. *Vida de José María de Heredia en Méjico*. Méjico: Botas, 1945.

HEREDIA, JOSÉ MARÍA. *Antología Herediana*. Ed. Emilio Valdés y de Latorre. La Habana: Consejo Corporativo de Educación, Sanidad y Beneficiencia, 1939.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA. *Obras IV. Crónicas y artículos sobre teatro. II (1881-1882)*. Ed. Yolanda Bache Cortés y Ana Elena Díaz Alejo. Méjico: UNAM, 1983.— *Obras VI. Crónicas y artículos sobre teatro. IV (1885-1889)*. Ed. Ana Elena Díaz Alejo y Elvira López Aparicio. Méjico: UNAM, 1984.— *Espectáculos*. Ed. Ana Elena Díaz Alejo y Elvira López Aparicio. Méjico: UNAM, 1985.

La sucesiva aparición de dos nuevos volúmenes de las *Obras* de Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) y de la antología *Espectáculos* van marcando hitos decisivos, no sólo para el mejor conocimiento de la obra del autor mexicano, sino también para profundizar en el movimiento modernista y en lo que éste significó para la renovación de la prosa española. Fue Gutiérrez Nájera quien llevó a cabo en un primer momento tan necesaria tarea, si bien con procedimientos muy distintos de los del acendrado barroquismo hispano de José Martí, pero con resultados no tan dispares, ni tan extremadamente galicistas como la crítica le reprochó en su día. Gutiérrez Nájera poseía un amplio bagaje de lecturas de clásicos grecolatinos, del Siglo de Oro español y de las literaturas modernas, entre las que ocupaba un puesto primordial la francesa. De esta asimilación procede su estilo, personal e inimitable, porque hay que recordar que, con gran congruencia, el poeta achacaba la decadencia de la poesía lírica española a su "falta de cruzamiento" ("El cruzamiento en literatura," *Obras* I: 102) y, siguiendo estas pautas del espíritu de su tiempo, convertía en estímulo, valoraba o asimilaba cada obra que llegaba a sus manos.

Tenemos ante nosotros tres volúmenes consagrados a las crónicas del autor. La crónica es una moda periodística de origen europeo que se implantó en los países americanos entre los años 1875 y 1880 y que gozó de gran aceptación entre los lectores. La crónica propiciaba la pluralidad de tonos y de este modo dejaba en libertad al escritor para no constreñirse excesivamente a los temas y aportar también su

sello de distinción personal en el manejo de la prosa. En contrapartida, la crónica exigía, por su carácter de periodismo, limitaciones de espacio y la consiguiente rapidez de elaboración. Tales condicionantes no podían sino incidir de alguna manera en la prosa del momento. Recordemos que la mayor parte de los escritores finiseculares escribieron en periódicos y que sus objetivos artísticos también eran la originalidad, la renovación y la audacia formal. No se ha estudiado todavía con el detenimiento que merece el periodismo de esta época, sobre el que ya llamó la atención Ángel Rama en su libro *Rubén Darío y el modernismo*. Y en efecto, leyendo estas crónicas de Gutiérrez Nájera, saltan a la vista la agudeza, la ironía o el humor de sus observaciones, así como la agilidad y la armonía de su frase, con una intencionalidad creadora que nos aproxima al acontecimiento comentado, tan lejano en el tiempo, con la viveza de lo inmediato.

Estos tres volúmenes vienen a ofrecer en sus comienzos un homenaje a la labor que emprendió durante toda su vida Erwin K. Mapes (1884-1961), investigador norteamericano que advirtió por vez primera la importancia fundamental de la prosa de Nájera dentro del modernismo; y al mismo tiempo, continúan la trayectoria que se inició con el primer volumen de la *Obras*, a cargo de Ernesto Mejía Sánchez. No se debe olvidar que parte de la extensa labor de Mapes tuvo como objetivo rastrear los veinte años de obra periodística del poeta mexicano, de 1875 a 1895, y reunir esos datos en un Catálogo, hoy depositado en el Centro de Estudios Literarios, que todavía resulta base fundamental para la edición de estas *Obras*. Es así como en 1974 se publicó otro volumen, el III, bajo la responsabilidad de Alfonso Rangel Guerra, quien propone un nuevo ordenamiento, más ajustado, del material recopilado.

En estos nuevos volúmenes las autoras del trabajo se proponen continuar la edición de las *Obras* "a la luz de un nuevo proyecto sustentado en la consideración de toda la obra najeriana como material editable". La guía básica sigue siendo el Catálogo de Mapes, pero enriquecido con nuevos acercamientos a las hemerotecas y "organizado con una clasificación temática menos atomizada que la propuesta por Mapes, y más acorde con la obra de Gutiérrez Nájera". En este enriquecimiento de los criterios de edición han sido pautas fundamentales las establecidas por Mejía Sánchez y sobre todo por Rangel Guerra, como se señala en la "Nota a la presente edición".

Diversos problemas y dificultades han debido allanar las autoras para llevar a buen término su trabajo. Pensemos en la variedad de pseudónimos de Gutiérrez Nájera o en su utilización, en artículos que

debían aparecer con premura en un periódico, de textos suyos ya anteriormente publicados. M. Gutiérrez Nájera se insertó en la sociedad mediante el periodismo, aprovechó el gusto de las gentes por este tipo de lecturas, aparentemente frívolas y mundanas, y convirtió el oficio en fuente de ingresos, aunque ello a la vez redundara en la mejora de su estilo literario.

Ana Elena Díaz Alejo, Yolanda Bache Cortés y Elvira López Aparicio se plantean con buen sentido los criterios de edición adecuados para los textos que se publicaron con diferentes títulos en distintos periódicos o fechas, para los que sufrieron cambios y para aquellos que fueron parcialmente aprovechados en artículos posteriores. En este caso publican "la versión más completa y más de acuerdo con la cronología". Del mismo modo deciden suprimir las partes complementarias que sólo cumplían el fin de aumentar el número de páginas para una entrega: avisos, anuncios. Se mantienen en cambio los párrafos publicados ya en crónicas anteriores que sirven para confirmar una idea o cumplir en algunos casos una función estética. También los títulos originales de las crónicas han sido sustituidos a veces por otros más reveladores, aunque se ha intentado mantener el título original y, en todo caso, la intención del autor. La razón de tales cambios radica en que los textos najerianos se publicaron a menudo bajo el título general de una columna, que no siempre incluía un subtítulo aclaratorio. Sin embargo las notas a pie de página nos van guiando en la comprensión de la elaboración del autor y proporcionan la posibilidad de acceder a la versión original y a las sucesivas versiones o aprovechamientos, siguiendo de cerca la historia de cada texto que el especialista en la obra de Najera debe valorar.

Los volúmenes que comentamos forman parte de un plan ambicioso y necesario, del que se da cuenta al comienzo. El objetivo es abarcar las crónicas del autor en una serie de tomos que, partiendo de la citada ordenación de Rangel Guerra, mostrarían el panorama de las actividades culturales de la Ciudad de México entre 1876 y 1895.

En el volumen IV la introducción se debe a Bache Cortés y constituye un valioso aporte, pues se traza una abarcadora visión de la época y del periodismo, con su doble función de información y difusión cultural, de la actividad festiva y literaria de los teatros, medios en los que se mueve la actividad periodística de Gutiérrez Nájera, la cual, como es sabido, culmina en la fundación de la *Revista Azul*. Se observa el continuado cultivo de su prosa y su recurso a cronistas franceses o a revistas españolas como fuente de información. Podemos ver cómo admira en estos años 1881-1882 a Echegaray, por ejemplo. "Tal es, en

somero compendio —dice de *El gran Galeoto*—, el drama prodigioso del señor Echegaray. No hemos hecho más que copiar el argumento y algunas de sus principales bellezas. Toca al lector hacer el juicio crítico” (158). Sin embargo en 1889 dirá: “Con la mitad de juicio que Tamayo tiene, Echegaray habría dado al teatro dramas admirables” (*Espectáculos* 53). Y es que a partir de estos años 1881 y 1882 empieza a aportar juicios personales sobre teatro y ópera, defiende con pasión un teatro de actualidad, o bien denuncia la poca profesionalidad de los autores. Sus gustos musicales son Bellini, Donizetti, Gounod; en cambio no acepta todavía a Wagner: “Con perdón de su majestad Luis II de Baviera, el rey virgen, declaro que no entiendo la filosofía de Tiberghien, ni la música de Ricardo Wagner” (170), pero en 1890 dibuja con sus frases un canto entusiasta: “¿En dónde he leído que la música de Wagner es materialista? ¡Ah, sí!... ¡Fue un crítico francés ese blasfemo! O no es verdad o ésta no es música de Wagner. Oídla atentamente: esas notas ágiles se posan en los cirios apagados, y las naves solemnes se iluminan” (“Oyendo a Wagner,” *Espectáculos* 89).

Cada uno de los noventa textos de diferente extensión que se reúnen en este volumen IV tiene interés por sus noticias, por sus opiniones o simplemente porque a través de ellos vamos viendo cómo se afianzan sus cualidades de escritor. No cabe, sin embargo, buscar datos precisos sobre las representaciones teatrales, porque el autor no puso nunca su empeño en trazar una historia de los espectáculos, sino que se situaba ante la escena como un escritor que practica la crónica teatral. No es, por tanto, un cronista informador de acontecimientos, no le interesa más que su opinión personal, su propia evocación o su circunstancia; surgen así referencias a lecturas pasadas, se escapa por vericuetos imposibles o cede a sus propias ensñaciones. Es consciente al mismo tiempo de que usa el periodismo como medio de vida, pero busca el matiz de su prosa y pretende incidir en el lector provocando su participación activa.

Por su parte, en la Introducción al tomo VI, firmada por Elvira López Aparicio, se aborda un acertado planteamiento de la actividad del escritor como periodista, único oficio que le proporcionaba la posibilidad de volcar su vida interior, y que le permitía convivir en la sociedad con el único objetivo que le apasionaba: escribir. El periódico se había convertido en el siglo XIX en vehículo de la expansión artística y cultural, y la mayor parte de los escritores de la época aprovecharon este medio efímero. El periodismo que Manuel Gutiérrez Nájera defendía y practicaba no tenía nada que ver con el del reportero que iba en busca de la noticia, sino con un tipo de pe-

riodismo de ideas que tiene como sujeto al propio "cronista", quien, al decir de Carlos Monsiváis, es "maestro del arte de comentar literaria y críticamente la actualidad". Esa variedad de la crónica, la posibilidad de abordar cualquier tema, permitía buscar el pulimento del estilo que no facilitaba la mera información, y muy especialmente llamar la atención del lector. En este caso la escritura misma es el objetivo. Y en esto de dar valor artístico a cada frase, Nájera logró cotas inalcanzables y se convirtió en el sumo creador de la crónica en el modernismo.

La misma investigadora Elvira López Aparicio nos guía por el ambiente histórico y cultural que, con la influencia francesa, daría origen a la nueva época y que fue la que gravitó sobre el poeta; también nos conduce por el denso material que recoge este volumen y que abarca los años 1885 a 1889, en sus modalidades de comentarista teatral y musical. Son los años en los que Gutiérrez Nájera se afianzó como periodista y escritor, colaborando en múltiples periódicos como *El Partido Liberal*, en el que publicó durante diez años, hasta su muerte, y muchas de cuyas crónicas fueron firmadas con el más famoso de sus pseudónimos: El Duque Job. Durante el año 1885 escribió en forma intensa sobre teatro; a partir de 1886 descende la cantidad de sus artículos sobre géneros musicales, tal vez, apunta la autora, por el predominio que ejercía la zarzuela, tan lejana de los gustos refinados del escritor.

Resulta interesante ir contrastando las valoraciones del poeta, su censura al público, sus opiniones sobre géneros, autores, y obras —tan variables—, sus gustos musicales, que, de posturas conservadoras, se van abriendo a las nuevas corrientes. El teatro le permite mayores expansiones, y después de examinar el argumento, los personajes y el estilo, suele dar rienda suelta a su fantasía. También se ocupa de los actores y cantantes y del público mexicano, cuyo gusto suele censurar, e insiste en proteger a los escritores nacionales. En todos los casos, como apunta López Aparicio, Nájera es ecléctico en su crítica, "busca su propio camino y ejerce la crítica como una opinión personal que resulta de aplicar cultura y sensibilidad al objeto de examen". Especial interés tiene, creemos, la observación de que la crónica teatral del poeta mexicano deriva hacia el ensayo y se convierte así en obra de creación artística, pues nos hace partícipes de su conciencia estética.

Y en cuanto a su estilo, se comprueba que el tan mentado galicismo no es en él una falta, sino vigencia cultural de su tiempo, que en realidad no entorpece su frase, de raíz netamente hispana, conciliando, como apuntó Justo Sierra, "el espíritu francés y la forma española".

Tal y como se indica en la "Advertencia editorial", la antología de crónicas titulada *Espectáculos* intenta, además de homenajear la admirable labor de Erwin K. Mapes, como en los tomos anteriores, coadyuvar a la difusión de la obra de Manuel Gutiérrez Nájera llamando la atención sobre las facetas menos conocidas de su producción. Las sesenta crónicas se distribuyen en diez apartados para mejor consulta, y cada crónica se anota para permitir su ubicación hemerográfica, a la vez que se indica si ha sido recogida o no en los volúmenes ya publicados de las *Obras*.

La decisión de sacar este volumen nos parece idea excelente, ya que, como es lógico, se tardará algún tiempo en poder acceder a las *Obras* completas del autor, y en cualquier caso la selección resulta enormemente acertada. Se ofrece así una visión de conjunto de su producción, a la vez que se recrea el ambiente en que vivió, haciendo que cobren vida esos espectáculos que tan ampliamente se prodigaron. Se explica bien la difusión y la presencia de lo francés, que todo lo invadió entre las clases altas, mientras que la raíz popular continuó nutriendo a los estratos desfavorecidos. La ópera, la zarzuela, el repertorio teatral del momento, del cual formaban parte los dramas de Echegaray y comedias italianas y francesas, aparecen en sus textos.

A todo lo anterior se añaden los datos biográficos y un apartado dedicado a la labor periodística de Gutiérrez Nájera, matizando bien su preferencia por la crónica frente al valor efímero del periodismo del reportero; por eso decía:

La obligación que me he impuesto es la de conversar cada semana con mis lectores, no la de referirles por menor cuanto haya ocurrido. Escojo el tema y dejo correr la pluma, sólo guiada por mi capricho. Para noticias, está ahí la gaceta.

Nada mejor que estas palabras para explicar el procedimiento de su autor, en el que el humor, la ironía y muy especialmente el toque poético convierten el género en obras de arte consolidadas.

Celebramos vivamente la continuación de la dura empresa de sacar a la luz las obras del poeta modernista mexicano, y que se siga haciendo de esta manera tan rigurosa, cuidando los detalles, las referencias bibliográficas, en especial las contenidas en las notas, y también los índices de personas y obras. Por ellos podemos ver, además del ambiente cultural de la época, la gran cantidad de lecturas y conoci-

mientos del escritor, y de su lectura sacar en conclusión cuánto queda por reflexionar sobre el autor y la época.

CARMEN RUIZ BARRIONUEVO
Universidad de Salamanca

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- GUTIÉRREZ NÁJERA, MANUEL. *Obras. Crítica literaria I. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana*. Ed. E. Mejía Sánchez. México: Centro de Estudios Literarios, UNAM, 1959.
- . *Obras III. Crónicas y artículos sobre teatro I (1876-1880)*. Ed. A. Rangel Guerra. México: CEL, UNAM, 1974.
- RAMA, ÁNGEL. *Rubén Darío y el modernismo*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1970.

GUILLERMO SHERIDAN, *Un corazón adicto: la vida de Ramón López Velarde*. México: FCE, 1989.

Muchas y algunas muy notables han sido las aportaciones críticas y biobibliográficas al estudio de la obra y la persona de Ramón López Velarde durante el año del centenario de su nacimiento. El presente libro, aunque publicado en abril de 1989, es prueba contundente de la seriedad con que han sido examinados el verso y la prosa del escritor, así como su vida personal y literaria. Guillermo Sheridan ha leído con atención la obra de López Velarde y ha leído mucho de lo que se ha escrito sobre él, leyenda y verdad, digiriendo sus fuentes para lograr un valioso ensayo, documentado y sentido a la vez. Por su metodología y por su forma, éste no es un libro corriente, es decir, una biografía tradicional, y por tanto describo algunos aspectos del texto que lo diferencian de otros libros de su tipo e intento demostrar al mismo tiempo los modos de trabajar del autor.

Desde un primer momento (Advertencia 9-10), Sheridan distingue entre *una vida* y *una biografía*: su intención es crear (o mejor dicho, recrear) la vida de López Velarde, evitando en todo lo posible la mera objetividad documentada, y prefiere combinar con un imprescindible dominio de los hechos procedimientos más literarios o creadores que científicos. Tampoco le interesa en su cometido una actitud estrictamente académica, y así, para asegurar una lectura sin estorbos,